

NAZARET

Fuente: Agustín de La Hoz

¡Qué hermoso es saltar de un pueblo a otro con estrellas del alba! Está saliendo el sol como queriendo dar luz y calor a la dignidad humana, y ve el viajero cómo va despertando el paisaje, sin un solo árbol, mientras las coronas de las Peñas del Santo, más allá de Morro Alto, se azulan en disputa con el cielo limpio, sin ninguna nubosidad. Mirando hacia el norte se distingue la Meseta de la Torre, y al lado la montaña de Guanapay, encima de la cual se distingue la inconfundible silueta del castillo de Santa Bárbara.

Llegando ya a Nazaret, el pueblecito de María Difunta, se ven parcelas enarenadas, que lindan con la carretera y se expanden, llanura a través, para crear riqueza donde no la había. Siempre ha sido interesante el hecho de que, terrenos poco menos que improductivos, o con rendimientos muy escasos en secano, resulten aptos de transformarse en otros que suelen dar hasta dos cosechas anuales¹, si las lluvias llegan con oportunidad. El manto de arenas volcánicas actúa sobre la tierra a modo de capa protectora, que retiene la humedad del suelo, evitando la evaporación, ya que no deja entrever la menor capilaridad y, a la vez, acapara los rocíos de la noche tan importantes en una isla que cual ésta, carece de regulares precipitaciones².

Nazaret ha nacido recientemente al socaire de los enarenados y a éstos debe su desarrollo casi vertiginoso, por lo que se esmera cuidando sus terrenos con objeto de alargar la vida de los enarenados. Para lograr este fin, los nazarenos prestan gran atención a sus labores y evitan que la tierra y la arena prodigiosa se entremezclen, ya que de suceder lo contrario las parcelas trabajadas se volte-

rian duras y estériles. Por eso, las gentes de Nazaret hacen a mano sus plantaciones, sus escardas y sus recolecciones, no empleando el arado, sino el azadón que maneja hábilmente un hombre, y de este modo poco sufrirá el terreno que tanto cuesta poner a punto. Acaso sea Nazaret el gran ejemplo insular de creación de riqueza, pero de una riqueza equitativa, en la que todos participan, según los más elementales principios cristianos. No hay ricos en el pueblo de la Virgen Yacente, no. Lo que hay son creadores de riqueza, que no es lo mismo, forjándose así una comunidad que desconoce el egoísmo y que desprecia la avaricia del corazón. Viven practicando su peculiaridad de hormigas y abejas, removiendo la tierra o trazando sobre ella esos acabados rectángulos que son los enarenados. Por todos los sitios que alcanza la vista está visible la obra magna del hombre nazareno, que no siente tristeza por las lacras, fallos o injusticias, porque no las conoce y pone los remedios a tiempo, ayudándose unos a otros en mutua armonía, con admirable hermandad natural, como si ellos fueran, además del sobrenombre, herederos ciertos de aquel Nazareno de la Cruz.

En medio de los enarenados, las casitas de Nazaret blanquean destacándose sobre el riguroso luto de la tierra cubierta de «lapilli», unas casitas gratas, modernas y graciosas, también construidas por amicales agrupaciones, que no devengan jornales y que, al contrario, contribuyen económicamente a los gastos de fabricación. Es este un pueblo que tiene de antemano resuelto el problema de la vivienda, tan notorio hoy, pues cuando existe vecino casadero, todos a una, determinan levantarle la casa como ofrenda nupcial. De este modo, de diez a doce casas que tenía a principios de siglo, para sus entonces treinta vecinos, en la actualidad tiene las suficientes para dar cobijo a sus trescientos habitantes. Son casas con pequeños jardines exteriores que ponen, sobre el negro arenal, la nota viva de los geranios y buganvillas de rabiosos encarnados. La fraternal unión existente entre los nazarenos de Lanzarote hace posible cosas que, para otras humanas comunidades, son inaccesibles, aunque en Nazaret esas cosas sean familiares y estén impregnadas de alto sentido trascendente:

*«Para estar juntos en la vida eterna
cuando acabe esta vida transitoria;
si Dios, que el curso universal gobierna,
nos devuelve en el cielo esta unión tierna,
yo no aspiro a más gloria...».*

En el pueblo de María Difunta no es fácil hablar con el diablo, al modo de otros pueblos, porque los nazarenos de Lanzarote no toman en serio esas supersticiones y amaos y porque ellos son muy serios, y porque siempre andan amables y risueños, ahuyentando con tales virtudes y, en particular, con su laboriosidad, al ocio fatal que, a fin de cuentas, es el que, desde que el mundo es mundo, ha

metido de puertas adentro todas las raras historias satánicas, las más de las veces traídas a bordo de los barcos que proceden de las costas africanas³. Para ser como son los nazarenos de Lanzarote no hace falta más que dos cosas: ser cristianos convencidos y tener por abogada a la bella Virgen Yacente. Les pregunto a unos hombres que trabajan, extendiendo serones de «lapilli» sobre la tierra bermeja, y me dicen que el diablo es una tontería y un temor propio de gente sin ocupación, y que ellos nada quieren saber de ese Satán, sino de sus campos benditos por el sueño, o tránsito, de la santísima Virgen, que parece dormida en la urna de la ermita. La ermita de María Disunta tiene una humilde arquitectura que nada ofrece de particular, y a lo largo de sus interiores paredes corren los bancos-arcas, de fuertes y valiosos herrajes, donde se guardan los adornos para los días de gran fiesta.

Visitar una casa de Nazaret supone oler limpieza. todo parece recién estrenado, además de transido por el aroma constante que llega desde los jazmineros. Pasillos y patios son museos de tiestos floridos. Y es que en Nazaret nada viejo hay, ya que nació, como quien dice, el otro día. Busca uno su historia y no la encuentra sino en borrador, porque la definitiva la está comenzando a escribir sobre el suelo revalorizado. Acaso la futura historia de Nazaret no tenga otros personajes importantes que sus hombres hermanados, cual uno solo, y la arena volcánica. Deambular por estas cenizas negras significa palpar la vida de Nazaret, donde incluso el camello ha sido desplazado. El dromedario de Nazaret tiene pocas labores, pues abandonado el arado, se le utiliza raramente como medio de transporte. Mas, como no hay principio que no vuelva a su fin, el camello que viniera del África a ella está retornando⁴. Ahí está alto, basculando su cuello, o en decúbito prono, mirando a uno y otro lado con el mayor desprecio por cuanto le rodea. Son éstos unos animales terriblemente intolerables, siempre masticando algo, o bostezando a trochimochi. ¡Ah, camello legendario, señor de Lanzarote! Ver a las mujeres nazarenas dobladas sobre los enarenados, bien haciendo la escarda, o recolectando el fruto de la tierra, hace pensar que, al ayudar tan vehemente a sus hombres, sacrifican, plenas de voluntad, su femineidad en aras del matrimonio. Sin embargo, respecto a este aserto, andará el viajero errado, porque no sabrá calcular que tales féminas son, como en los tiempos primitivos, jóvenes castísimas y laboriosas, compañeras inseparables del varón, y madres excepcionalmente conscientes de su destino. Por eso, nada más que por condición, la nazarena se dobla cara a la tierra, y tiene tiempo para criar a los hijos, guisar, lavar y poner la casita como si estuviera hecha de mármol blanco.

Es tanta la felicidad que hay en Nazaret, que conversando con sus vecinos llegará el visitante a sospechar que se ríen de todo, incluso de quien quiera saber cómo viven tan aserrados a su triunfal destino. Quizás sea ésta la causa de su ensimismamiento, que el forastero poco comprende, y a lo mejor por esa misma reserva inexplicable le venga a Nazaret la fama de pueblo practicante del mo-

nólogo interior, que se transmite mentalmente como abracadabrantistas que luchan por salvar el secreto que hace de pequeño caserío un hermoso mundo:

*«¡Oh! ;Los que, afortunados poseedores,
habéis nacido de la tierra hermosa...»*

Si, Nazaret tiene hombres y mujeres que viven ayudándose en eterna armonía, con envidiable hermandad, como si ellos fueran los mejores herederos de las enseñanzas de Cristo.

NOTAS AL CAPÍTULO

1. «La razón de esta abundancia se lee en las maravillas del Etna, escritas por Plinio en el capítulo 109 del II libro», dice Torriani (x).

(x) Esa afirmación es gratuita, pues el cap. indicado no habla del Etna ni de las cenizas volcánicas.

2. «Entre estos montes (los de Lanzarote) —dice Torriani—, se hallan campos hermosísimos y muy extensos y llanuras alegres, de gran fertilidad, producidas por las cenizas que antiguamente arrojó el fuego por las vorágines de los montes; las cuales, podridas por la humedad, producen todos los años infinita cantidad de cebada y de trigo, a cuarenta y sesenta por uno».

3. Por nuestra experiencia africana, podemos afirmar que la influencia ha sido mucha.

4. Numerosas partidas de dromedarios (x) de Lanzarote están siendo enviadas al África Occidental.

(x) Lo más probable es que este rumiante fuera importado a esta isla cuando Diego García de Herrera comenzó sus correrías por la cercana costa de África. Es falsa, según la opinión de varios autores, la creencia de Gravier de que fuera Juan de Bethencourt quien introdujera el camello en Canarias.